a rayas azules; casi con los brazos alzados, la canéfora salvaje sostenía sobre su cabeza un cesto cubierto de hojas de bananero y cuando iba, temblaban firmes y nacientes, en el florecimiento de sus catorce años, sus pechos menudos como los de Psiquis."

En una descripción de la provincia de Guatemala, de 1594, se lee que "Al rededor (de la ciudad), hacen mucha loza y los indios viven muy descansados y andan bien vestidos y limpios, ellos y sus mujeres y hijos, yalgunos de lienzos de Castilla, camisas y çaragüelles; y todos traen çapatos ysombreros de fieltro. En el pueblo de Icuntepeque, los vecinos andan bien vestidos y adereçados; limpios y muchos de ellos vestidos de ropa de Castilla, así camisas, caragüelles de lienço, y jubones, capotes y capas; sombreros de fieltro, çapatos y botas. Tienen caballos. En el pueblo de Paçon, de algodón hacen mantas blancas, gueypiles y naguas; y para vestirse ellos y vender. Son limpos.'

En el territorio argentino, los indios llevaban a veces un casquete adornado con plumas, así como pulseras. Las mujeres usaban un delantalito y pendientes. Los guerreros, como símbolo de su categoría, se pintaban el cuerpo con tinturas de tabatinga y almagre y usaban collares de uñas o dientes de animales salvajes.

Discurso del Dr. Enrique D. Tovar y R. en la sesión solemne de la Academia Peruana de la Lengua, conmemorativa del centenario del nacimiento del insigne Arzobispo de Lima, Monseñor Manuel Tovar y Chamorro

Señor Presidente de la República,
Señor Director de la Academia Peruana Correspondiente de la Española,
Excmo. señor Arzobispo Primado del Perú,
Señoras, Señores:

Traigo la emoción y el agradecimiento de cuantos tenemos a honra llevar el mismo nombre y la misma sangre que heredó el eminente sacerdote y patricio Monseñor Manuel Tovar y Chamorro, quien como individuo de número de esta Academia a ella prestó—según testimonio de Palma—importantes servicios "mientras los absorbentes cuidados espirituales de su elevada jerarquía no le sustrajeron de esta institución"; quien, como Prelado y gran orador y maestro de la Universidad, magnificó las glorias de la Iglesia del Perú; quien como escritor y político exaltó las virtudes cívicas —estimulándolas a la vez—, y quien, a lo largo de su fecunda existencia y en todo momento tuvo plena fe, alentó esperanzas y esparció bondades. Cumplió así el precepto wagneriano de observar sencillez en la vida.

Por eso fué grande, y por eso se le ha considerado digno de la apoteósica evocación de esta noche. Y para enaltecer y justipreciar sus merecimientos han adunádose las mejores galas oratorias y los conceptos más estrictos de justicia. Altos representativos del pensamiento nacional, en conjunción feliz con el máximo Jerarca de la Iglesia, han regalado nuestros oídos con raudales de elocuencia; y el hecho de encontrarse en la actuación el Jefe del Estado—como para denotar que en el homenaje confúndense las dos grandes potestades de la nacionalidad peruana—permite apreciar con nitidez las dimensiones excelsas del amadísimo deudo que descolló en la cátedra sagrada y en el gobierno espiritual; que fué grande en el magisterio y en las trincheras del periodismo batallador y del debate erudito por la verdad de la fe; que sobresalió en los campos de la alta política y de la sagaz administración pública; que fué dechado de amor a la familia peruana, a la que quiso contemplar siempre unida, y que adquirió proporciones extraordinarias cuando, próximo ya a remontarse hacia la morada prometida a los justos, parafraseó parte de la Oración Dominical y exclamó que perdonaba a sus detractores a fin de merecer—él también—el perdón del Dios de las misericordias.

Doy, en nombre de los deudos todos de Monseñor Tovar, y en el mío, gracias infinitas al Señor Presidente de la República, por su personal concurrencia a este acto de devoción a una de nuestras mayores glorias pretéritas. Doy gracias al eminente Director de la Academia Peruana, don José de la Riva Agüero, por esta sesión con que ha querido solemnizar la fecha centenaria del nacimiento de quien fué colega, en el seno de esta Corporación doctísima, de los Roca y los Palma, de los García Calderón y los Paz Soldán, de los Larrabure y los Cisneros, y de otros varones que fama y gran reputación dieron a nuestra filial de la Academia que limpia, fija y da esplendor a la lengua. Gratitud rendida para Su Excelencia Monseñor Fernando Cento, Nuncio del Santo Padre, cuya devoción a la memoria insigne del Arzobispo doctor Manuel Tovar hace ostensible en toda forma. Gracias sin cuenta, Excelentísimo Señor Arzobispo Primado, por el entusiasmo y el fervor que a contribución habéis puesto para honrar el recuerdo inmarcesible de vuestro predecesor en la cátedra de Santo Toribio de Mogrovejo. Nuestro profundo reconocimiento a los disertos y eximios oradores que han hecho estudio concienzudo de aspectos varios de la figura múltiple y egregia de nuestro pariente. Y gracias, en fin a los prominentes representativos de los poderes públicos, de la diplomacia, de la administración del Estado, de la intelectualidad y de la belleza peruana que, con su presencia, han realzado esta espléndida como inolvidable ceremonia.

Pueblo que así honra a sus grandes hijos, es pueblo de fe, llamado a encumbrarse hasto lo infinito.

Lima, 20 de mayo de 1944.

Enrique D. Tovar y R.